



El orden de la interacción: continuidades y cambios en la militancia estudiantil universitaria de la UNLP (2013-2019)

The order of interaction: continuities and changes in the university student militancy of the UNLP (2013-2019)

CAMOU, Antonio¹
PRATI, Marcelo²
VARELA, Sebastián³

Camou, A., Prati, M. y Varela, S. (2022). El orden de la interacción: continuidades y cambios en la militancia estudiantil universitaria de la UNLP (2013-2019). *RELAPAE*, (17), pp. 67-81.

Resumen

El trabajo analiza la experiencia de participación política de jóvenes estudiantes universitarios -con foco en quienes ejercen roles militantes-, en el ámbito de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) durante los años 2018/2019, en perspectiva comparada con observaciones y entrevistas realizadas un lustro atrás (2013/2014). Desde el punto de vista analítico, recuperamos algunas categorías hermenéuticas de la sociología de la experiencia de François Dubet y de Danilo Martuccelli, junto con el enfoque de la interacción defendido por Erving Goffman, que intentamos articular con el análisis estructural de los campos de Pierre Bourdieu. En cuanto a las fuentes, nos basamos en trabajo de campo etnográfico (observación no participante) y entrevistas a militantes en cuatro facultades de la UNLP (Ciencias Exactas, Ingeniería, Humanidades y Derecho) en ocasión de las elecciones para claustro y centros de estudiantes de esos años. El análisis que se realiza (desarrollado en el marco de una investigación en proceso) nos permite adelantar una conclusión general: observamos *tanto una dinámica de continuidad como también de cambio* en las prácticas políticas de los jóvenes universitarios a lo largo del período bajo estudio. La *continuidad* viene dada –sobre todo– por la persistencia de un patrón tensionado pero complementario entre tres lógicas de la acción política universitaria, la que hemos denominado “calculatoria” (“estratégica” o “pragmática”), la “emancipatoria” (o “idealista”) y la lógica “compañeril”. Por su parte, el *cambio* se manifiesta especialmente por la introducción de nuevas cuestiones en la agenda política de la educación superior, en sintonía con otros espacios de nuestra sociedad, donde remarcamos el papel crecientemente nodal que viene ocupando la temática de *género*.

Palabras Clave: Educación superior / estudiantes / participación política / género / experiencia / UNLP.

Abstract

The work analyzes the experience of political participation of young university students -focusing on those who exercise militant roles-, in the scope of the National University of La Plata (UNLP) during the years 2018/2019, in comparative perspective with observations and interviews carried out a little more than five years ago (2013/2014). From the analytical point of view, we recover some hermeneutic categories from the sociology of experience of François Dubet and Danilo Martuccelli, together with the interaction approach defended by Erving Goffman, which we try to articulate with the structural analysis of the fields of Pierre Bourdieu. As for the sources, we rely on ethnographic fieldwork (non-participant observation) and interviews with activists in four faculties of the UNLP (Exact Sciences, Engineering, Humanities and Law) on the occasion of the elections for faculty and student centers of the UNLP those years. The

¹ Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, Argentina / antoniocamou@yahoo.com.ar

² Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, Argentina / marceloprati98@gmail.com

³ Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, Argentina / varela.sebastian@gmail.com

analysis that is carried out (developed within the framework of an investigation in progress) allows us to advance a general conclusion: we observe both a dynamic of continuity and also of change in the political practices of young university students throughout the period under study. Continuity is given -above all- by the persistence of a tense but complementary pattern between three logics of university political action, which we have called "calculatory" ("strategic" or "pragmatic"), the "emancipatory" (or "idealistic") and the logic "partner". For its part, the change is manifested especially by the introduction of new issues on the political agenda of higher education, in tune with other spaces in our society, where we highlight the increasingly nodal role that gender issues have been occupying.

Keywords: Higher education / students / political participation / gender / experience / UNLP.

Introducción

Este trabajo⁴ analiza la experiencia de participación política de jóvenes estudiantes universitarios –centrado en los roles militantes–, en el ámbito de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en dos períodos: 2013/2014 y 2018/2019. La comparación tiene peculiar interés por dos razones principales: a) los datos han sido recogidos en dos contextos políticos diferentes, caracterizados por la alternancia de los gobiernos del *Frente para la Victoria* (2011-2015) y de la alianza *Cambiamos* (2015-2019); b) entre los dos momentos se produjo la fuerte irrupción de las temáticas de género en la agenda pública local, regional y global (Varela, 2020). En tal sentido, cabe recordar que la manifestación

Ni Una Menos, que convocó a unas 400.000 personas en 240 localidades argentinas el 3 de junio de 2015 para cuestionar los femicidios y la violencia hacia mujeres y jóvenes, fue la mayor movilización en la historia del país vinculada con una temática feminista, organizada desde una convocatoria multimediática y multisectorial, con repercusiones internacionales (Laudano, 2017, p.1).

Desde el punto de vista analítico, recuperamos algunas categorías hermenéuticas de la sociología de la experiencia (Dubet, 2005, 2011 y 2020; Martuccelli, 2006 y 2015), junto con el enfoque de la interacción defendido por Goffman (1991 y 1997), que intentamos articular con el análisis estructural de los campos (Bourdieu, 1997, 2008 y 2019)⁵.

En cuanto a las fuentes, nos basamos en trabajo de campo etnográfico (observación no participante) y entrevistas a militantes en cuatro facultades de la UNLP en ocasión de las elecciones para claustro y centros de estudiantes de esos años. Para considerar la variación *disciplinaria*, las facultades elegidas responden en forma aproximada a una tipología ampliamente difundida en los estudios sobre educación superior (Becher, 2001), que combina dos criterios (naturales o “duras” frente a sociales o “blandas”, y puras frente a aplicadas), que dan lugar a cuatro grupos: duras/puras (Ciencias Exactas), duras/aplicadas (Ingeniería), blandas/puras (Humanidades) y blandas/aplicadas (Derecho). Para considerar la variedad en cuanto a *orientaciones político-ideológicas*, hemos procurado cubrir un amplio arco de expresiones políticas presentes en la universidad: radicalismo, peronismo y agrupaciones de izquierda (partidarias o independientes).

Nuestro análisis permite adelantar una conclusión general: observamos *tanto una dinámica de continuidad como también de cambio* en las prácticas políticas de los jóvenes universitarios a lo largo del período bajo estudio. La *continuidad* viene dada –sobre todo– por la persistencia de un patrón tensionado pero complementario entre tres lógicas de la acción política universitaria, las que hemos denominado “calculatoria” (“estratégica” o “pragmática”), “emancipatoria” (o “idealista”) y “compañeril” (aunque por razones de espacio hemos decidido en esta ocasión concentrarnos en analizar las tensiones entre las dos primeras). Cabe subrayar que no estamos hablando de estudiantes distintos, sino que un mismo actor apela a diferentes “programas” o juega diferentes “papeles” según la situación de interacción política en la que se encuentre. Por su parte, el *cambio* se manifiesta especialmente por la introducción de nuevas cuestiones en la agenda política de la educación superior, en sintonía con otros espacios de nuestra sociedad, donde remarcamos el papel nodal que viene ocupando la temática de *género*. Una peculiaridad no menor de esta problemática es su capacidad para atravesar y poner en entredicho diferentes niveles, estructuras y procesos en la configuración del campo universitario, entre lo macro y lo micro. Pero más allá de su indudable fuerza transformadora, nos preguntamos si esta temática –como otras cuestiones emergentes en la agenda universitaria (por ejemplo: medioambiente)–, son capaces de alterar las lógicas antes mencionadas, o más bien, esos temas se siguen procesando al interior de la polaridad entre *cálculo* y *emancipación*, un verdadero código maestro que estructura las prácticas políticas dominantes de la política estudiantil.

El artículo está organizado en cuatro apartados. Luego de esta breve introducción, la primera sección presenta de manera resumida la estructura analítica básica del trabajo, puesto que algunas categorías más específicas se introducen de manera conjunta con el análisis de los datos. Las dos secciones siguientes abordan el núcleo empírico de la investigación: los patrones de *continuidad* en la participación política estudiantil entre los dos períodos (2013/2014 y 2018/2019) se analizan en la segunda sección; mientras que los patrones de *cambio* se examinan en la tercera. Finalmente, el cuarto apartado acerca unas breves conclusiones tentativas.

⁴ Esta investigación, acreditada y financiada por la UNLP, contó con un subsidio de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (2015-2019). Agradecemos los comentarios de Daniela Atairo y Lucía Trotta a una versión previa del trabajo.

⁵ Para una estrategia análoga véase Almond (1988) y Krottsch (2001); una discusión más amplia sobre el marco analítico en Camou, Prati y Varela (2018).

1) LAS EXPERIENCIAS DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA ESTUDIANTIL REVISITADAS

En esta exploración partimos de la siguiente pregunta de investigación: ¿Cómo se constituye en la actualidad la experiencia de participación política estudiantil en una universidad pública argentina? Para responderla apelamos a tres premisas que se articulan en una hipótesis de trabajo.

En primer lugar, asumimos que los estudiantes deben ser vistos en su doble carácter, como pertenecientes al mundo de los “jóvenes” -por su condición- y como partícipes de la vida universitaria -por su rol de “alumnos”- en el contexto de una institución de educación superior: “El estudiante no se puede reducir ni a su papel ni a su condición, sino que elabora una experiencia que articula una manera de ser joven y una relación con los estudios” (Dubet, 2005, p. 3).

En segundo término, apelamos a una noción de experiencia entendida como “el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre los rasgos comunes expresables y el carácter inefable de la interioridad individual” (Jay, 2009, p. 20). En consonancia con otras investigaciones (Carli, 2012 y 2014) utilizaremos este cristal analítico para “explorar los modos en que los estudiantes transitan la vida universitaria” (Carli, 2012, p. 27). Pero de manera más específica, asumimos como nuestra la tesis de Dubet para el caso de estudiantes franceses: “los actores que observo me parece que se inscriben en varias racionalidades, en varias lógicas; nunca son totalmente reductibles al paradigma de una teoría pura”. Así, los estudiantes “reflexionan, actúan, nunca son totalmente adecuados para sus funciones o sus intereses, y la teoría debe poder explicar su actividad, su reflexividad, su crítica, cuando tienen que resolver problemas”. Como destaca el sociólogo francés, “llamo *experiencia social* a la cristalización, más o menos estable, en los individuos y los grupos, de lógicas de acción diferentes, a veces opuestas, que los actores deben combinar y jerarquizar a fin de constituirse como sujetos” (2011, p. 117).

La constitución de la experiencia social puede ser abordada tanto desde una perspectiva *diacrónica* como *sincrónica*. Desde el punto de vista diacrónico, la experiencia puede ser entendida como el foco de convergencia (aunque atravesada por múltiples tensiones, conflictos y asincronías) de tres procesos que se desenvuelven en los diferentes tiempos de la vida humana: *socialización*, *individuación* y *subjetivación*. A través de la *socialización*, “una sociedad se dota de sus miembros y al mismo tiempo es el proceso por el cual un individuo se convierte en miembro de una sociedad” (Martuccelli 2006, pp. 68-69). En ella cristalizan principalmente las diferentes herencias del *pasado*, trayendo a la actualidad los patrones y modelos de acción de una época pretérita, y en algunos casos, perimida. La *individuación* nos enfrenta a “las consecuencias del despliegue de la modernidad sobre las trayectorias individuales”, al poner “en relación la historia y las experiencias personales”; de este modo, la pregunta fundamental es: ¿qué tipo de individuo se “fabrica” –con base en las condiciones estructurales operantes en un determinado período histórico- en una sociedad? (Martuccelli, 2006, p. 78). Esta cuestión nos confronta con la matriz de oportunidades y restricciones –estructurales y coyunturales- conjugadas en tiempo *presente*: un aquí y ahora donde la disponibilidad desigual de recursos y el reparto diferenciado de recompensas (materiales y simbólicas) configuran el entramado básico donde se mueven los actores sociales. Por su parte, la *subjetivación* nos confronta con una pregunta diferente: “¿cómo en una sociedad moderna racionalizada, y altamente administrada, existen aún posibilidades de emancipación del individuo?”, en otros términos, cómo es posible que un individuo se vuelva actor de su propio proyecto de vida, esto es, se vuelva *sujeto* (Martuccelli, 2006, p. 74). Se trata de la dimensión personal de la experiencia social que mira especialmente al *futuro*, ya que es indisoluble de ella alguna noción de proyecto (personal y/o colectivo), en el que se despliega la voluntad del individuo de ser actor de su propia existencia.

Correlativamente, Dubet (2011) distingue tres lógicas sincrónicas de acción “puras” (equivalentes a los tres procesos anteriores), aunque entremezcladas en las prácticas concretas de interacción, a saber: lógicas de *integración social*, lógicas *estratégicas* y lógicas de *subjetivación*. Partiendo de este esquema categorial, podríamos decir que el/la militante “calculador/a” puede ser homologado/a al primado de una lógica *estratégica*, desplegada sobre el vector de la *individuación*, mientras que el perfil que hemos denominado “idealista”, responde mejor a una lógica de *subjetivación*⁶. Por su parte, una tercera figura –que como adelantamos no analizaremos aquí- podría ser tipificada como el/la militante “compañero/a” sobre el eje *socialización/integración*: se trata de alguien con quien podemos estrechar un lazo fraterno, que nos “acompaña” en un trayecto vital y con quien “compartimos” experiencias de nuestra vida (Cuadro Nro. 1).

⁶ En línea con nuestros entrevistados/as, tomamos estos términos en sentido político (no filosófico ni académico); así, un comportamiento *pragmático* está orientado de manera dominante a capitalizar el propio “rédito político”; mientras que una conducta *idealista* tiende a guiarse por la prosecución de principios y creencias en virtud de su valor intrínseco, con independencia de las constricciones o conveniencias de la situación.

Cuadro Nro. 1. Experiencia, lógicas de acción y perfiles militantes

Procesos de configuración de la experiencia social según Martuccelli	<i>Socialización</i>	<i>Individuación</i>	<i>Subjetivación</i>
Lógicas de acción social según Dubet	<i>Integración</i>	<i>Estratégica</i>	<i>Subjetivación</i>
Perfiles militantes de estudiantes universitarios	<i>“Compañero/a”</i>	<i>“Calculador/a”</i>	<i>“Emancipador/a”</i>

Ahora bien, tanto las lógicas de Dubet como los procesos analizados por Martuccelli nos dicen cómo “funcionan” ciertos patrones de estructuración de las prácticas sociales, pero nos dicen menos acerca de cómo surgen. En este punto la perspectiva de Erving Goffman nos ofrece un modelo genético para pensar cómo surgen nuevas prácticas y patrones de acción *en el nivel* de la interacción y *a través* de la interacción. Frente a los enfoques holistas o individualistas tradicionales, el sociólogo canadiense nos recuerda que la co-presencialidad física de dos o más actores es capaz de *producir* relaciones e identidades sociales, y no meramente *re-producirlas*, y de este modo, puede llegarse a modificar una situación “dada”.

La tercera premisa recorta, dentro del amplio y diversificado campo de la experiencia social, las actividades de participación política *institucionalizada*. Se entiende habitualmente por *participación política* un conjunto de prácticas por las cuales un actor toma parte “activa, voluntaria y personalmente” en un proceso público de toma de decisiones (Sartori, 1992, p. 35). Puede ser entendida como un continuo de situaciones, cuyas fronteras no es fácil delimitarlas con nitidez, con diferentes escalas o niveles de involucramiento. Limitándonos a las formas convencionales de la acción política, podríamos distinguir tres niveles:

- * Participación *pasiva* (mínima, limitada o básica): se trata de “comportamientos esencialmente receptivos”, tales como la presencia en reuniones, la exposición voluntaria a mensajes políticos o la concurrencia a actos comiciales de carácter obligatorio;
- * Participación *activa*: en la que se desarrollan de manera relativamente estable “dentro o fuera de una organización política” una serie de actividades de apoyo, como “cuando se hace obra de proselitismo, cuando se hacen compromisos para trabajar en la campaña electoral, cuando se difunde la prensa del partido, cuando se participa en manifestaciones de protesta, etc.”;
- * Participación *militante*: donde se forja un compromiso estable de asumir responsabilidades de representación, delegación o dirigencia (Sani, 1998, p. 1137).

Para nuestros fines, el “votante”, el “adherente” y el “militante” de una agrupación política estudiantil pueden ilustrar cabalmente cada uno de estos niveles.

En el marco de las consideraciones anteriores, nos interesa comprender la experiencia de participación política a través de sus rastros, de las huellas que nos dejan testimonios, opiniones o elecciones de los estudiantes. Dicha experiencia –que identificamos como nuestra *variable dependiente*– está constituida por dos dimensiones que podemos distinguir analíticamente aunque en la realidad aparezcan integradas en cada práctica social concreta, a saber: la referida a las “formas” de hacer política (maneras de construir, distribuir o ejercer el poder, que se manifiestan ante la observación etnográfica o a través de las narrativas elaboradas por los propios actores), y la que se refiere a los “contenidos” específicos de la política (orientaciones político-ideológicas que se expresan mediante creencias reveladas, actitudes declaradas o decisiones tomadas).

De este modo, nuestra línea de investigación recorre los alcances de una *hipótesis* general: la experiencia política de los *jóvenes estudiantes universitarios* es fruto de un complejo *proceso de socialización, individuación y subjetivación* en el que se vinculan sus *trayectorias personales* con diferentes campos de la vida social, entre los que se destacan las lógicas propias del ámbito disciplinar (*campo académico*), las dinámicas específicas de la política institucional de las casas de estudio (*campo político universitario*) y el papel jugado por la política partidaria y socio-territorial (*campo político nacional*).

2) LA CONTINUIDAD DE LA “DOBLE VIDA” EN LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA ESTUDIANTIL

Tomando libremente la clásica referencia de Bourdieu y Wacquant (1997), podríamos decir que la participación política estudiantil en la universidad pública argentina nos presenta una “doble vida”. Hay una *vida política objetiva*, expresada por una lógica diversificada en la acumulación de recursos, espacios y posiciones de poder, desarrollada a través de una serie de juegos “anidados” (Tsebelis, 1990), que a la vez vinculan tanto como desacoplan el lazo que une a representantes y representados en diferentes arenas de la vida política: la arena de poder gremial (local y federativa), la arena de poder institucional universitaria y la arena de poder territorial y/o partidaria (Camou, Prati y Varela, 2018, p. 427).

Pero hay una *vida política subjetiva*, con variables grados de compromiso, de involucramiento y constitución de vivencias personales de los estudiantes, y de experiencias colectivas del estudiantado, que van desde la solidaridad, la confraternización y la conformación de un sentido de pertenencia, hasta el aprendizaje de los sinuosos vericuetos de la lucha política. Esta *vida política subjetiva*, a su vez, se constituye a través de diferentes tensiones, donde el cálculo estratégico y el aliento utópico conviven de manera intrincada en la cotidianeidad de la vida política juvenil. Ciertamente, esas tensiones se dan en el marco de una serie de transformaciones estructurales por las cuales las instituciones

ya no nos transmiten más programas unitarios”, es decir, que vivimos en una sociedad donde cada vez menos las organizaciones “nos dan el programa de acción y donde cada vez más se nos confronta a situaciones inéditas que exigen un suplemento de *reflexividad* de parte de los individuos para orientarse en la vida social (Martuccelli, 2006, p. 17).

Estos perfiles en tensión (o “desfases” según Martuccelli) pueden ilustrarse por el caso del *militante* universitario de nuestros días, entendido –a la vez- como actor que inscribe su lucha, por un lado, en algún proyecto “emancipador”, y por otro, como “calculador racional” que opera con el fin de maximizar el acopio de poder. Ambas identificaciones (que etiquetamos tentativamente) conviven en la experiencia militante guiadas por racionalidades que, si bien se dan en oposición, se necesitan y retroalimentan necesariamente: de un lado, un tipo de racionalidad “comunicativa” (Habermas, 1987), ligada a la prosecución de objetivos emancipatorios (búsqueda de formas de comunicación libres de coacción, espacios de formación de voluntad política mediante el diálogo y la argumentación constructiva orientada a la elaboración de proyectos colectivos, o apertura a nuevas experiencias de aprendizaje personal o grupal); de otro, un tipo de racionalidad “estratégica” orientada por criterios “maximizadores” y vinculada a fines pragmáticos de construcción, distribución y ejercicio eficaz de poder (las tácticas y confrontaciones entre agrupaciones durante la lucha electoral, o en la gestión de los centros estudiantiles, ilustran profusamente ese tipo de racionalidad calculatoria).

Ahora bien, estas “lógicas” de acción –que elaboramos como observadores- hasta cierto punto también forman parte del código “nativo” en el que se inscriben las prácticas políticas estudiantiles en nuestra universidad. Así, operan como principios clasificatorios (Bourdieu & Wacquant, 1997) que los/las propios/as militantes utilizan -de manera más o menos explícita, más o menos implícita- para leer los modos de actuación del “auditorio” (Goffman, 1991) al que se dirigen. De este modo, los estudiantes también son vistos por los/las militantes como ubicados en un continuo matizado entre “pragmatismo” e “idealismo”.

2.1. Al volver la vista atrás...

A efectos de ilustrar las consideraciones antedichas vamos a recorrer a continuación entrevistas y observaciones etnográficas realizadas en cuatro facultades de la UNLP en el período 2013/2014⁷.

⁷ Salvo indicación en contrario, los testimonios expresan ideas transversales a las facultades y agrupaciones consideradas.

Una ilustración de lo que llamamos prácticas emancipatorias la encontramos en las siguientes reflexiones de un joven militante (preguntado sobre lo que más y menos le gusta de la militancia):

Voy a empezar por lo que más me desgasta: es la apatía, el desinterés; uno capaz que sacrifica mucho el tiempo personal y después hay como un rechazo. Pero también la contracara de eso es lo que más te llena, es cuando encontrás a una persona que te valora eso y que se da cuenta que el Centro de Estudiantes no es una ventanilla de resolución de problemas, sino que es un espacio de construcción. Uno gana no cuando gana las elecciones, sino cuando una persona más toma conciencia de eso y se pone a militar, no importa dónde. Ganás ahí, y eso es lo que más te llena. Porque es lo que deja marca, porque uno busca la trascendencia, no busca la coyuntura.

Estas reflexiones, entre otras cosas, nos muestran la contraposición entre la lógica del cálculo político-electoral frente al desafío de construir una conciencia comunicativa en base al debate de los problemas sociales y políticos. Por un lado, tendríamos el polo identificado con la dinámica de un centro de estudiantes que es una “ventanilla” de resolución de problemas (gremiales) o de provisión de servicios; por otro, encontraríamos los desafíos del cambio de conciencia. Es especialmente revelador el modo en que el joven militante opone la lógica de la acumulación de poder propio (ganar las elecciones) con “ganar realmente” en un sentido más colectivo y abarcador (incluso más allá de su conveniencia electoral).

Sin duda, para el conjunto de los militantes entrevistados, la militancia estudiantil universitaria es una experiencia particularmente intensa y plena. Es la experiencia de lo colectivo en el plano de la participación social y política, a la vez que en el plano afectivo, como fuente de nuevas amistades y ámbito de contención (resaltado esto por los militantes provenientes de pueblos o ciudades pequeños del interior). Es también una muy valorada experiencia formativa, que implica múltiples aprendizajes. Ciertamente no está exenta de costos (menos tiempo dedicado al estudio, la familia, los amigos, el deporte, la música), pero el balance resulta ampliamente positivo.

Pero junto a este costado luminoso de la experiencia estudiantil, hay también un “lado B”. El otro aspecto, que denominamos calculador o pragmático, si bien menos recuperado en la bibliografía, ocupa también un lugar central en la vida política de los militantes, y no es en absoluto opaco a los propios protagonistas, si bien no suele formar parte central del lenguaje proselitista. El relativamente bajo grado de participación e interés del grueso de los estudiantes “comunes” en la política en general, y en la política universitaria en particular, es claramente conocido por los militantes, lo que moldea el diseño racional de estrategias y tácticas electorales. Así, por caso, una racionalización justificatoria de esas prácticas calculatorias suele presentarse del siguiente modo: la meta de generar conciencia y participación política, con sólido contenido ideológico, es vista por los militantes como un objetivo arduo, y el camino para lograrlo requiere consolidar lo “gremial”, esto es, los servicios (apuntes, buffet) y las demandas académicas básicas (amplitud de horarios de cursada, recuperatorios adicionales, quejas particulares, etc.); dice un entrevistado: “Sólo cuando una agrupación es fuerte, y durante mucho tiempo ha logrado construir la cuestión gremial, puede dar el salto a la discusión política”. Todos los entrevistados tienen conciencia de la necesidad de este derrotero, pero en general cuestionan a las agrupaciones que terminan adoptando el *medio* (política gremial, servicios eficientes) como *fin* en pos de ganar elecciones, retroalimentando la repudiada “despolitización” estudiantil (califican a esas agrupaciones de “sindicaleras”), si bien también reconocen pragmáticamente la necesidad de hacerlo.

De este plano más estratégico podemos pasar a un nivel táctico, donde encontramos diversas prácticas calculatorias. Se trata del plano más inmediato donde se despliegan una serie de dispositivos que buscan inducir comportamientos políticos a través de una variada gama de procedimientos, que van desde la mera “presentación de la persona” –al decir de Goffman–, pasando por el discurso de campaña, y llegando al involucramiento corporal en la relación militante-votante. Así, valga como ejemplo en un nivel muy básico del “marketing” político, el hecho de seleccionar un color de identificación para la agrupación, y hacerlo proliferar en carteles y remeras, evidenciando la fuerza del aparato. En un plano de mayor elaboración encontramos las decisiones y compromisos que un grupo toma en torno al discurso de campaña, ya sea el que queda plasmado en los carteles, folletería, redes sociales, etc., o el que circula de manera más sutil a través de mensajes al “pasar por los cursos” y permanece encerrado en las cuatro paredes del aula; en cualquiera de los casos, una decisión política crucial se presenta al definir el balance entre la publicidad “positiva”, al defender las posiciones propias, y la propaganda “negativa” que se hace sobre el adversario. Y en un nivel de mayor involucramiento, donde se produce una virtual lucha cuerpo a cuerpo por el voto, nos encontramos con la táctica habitual de “perseguir” al votante en su trayecto a la urna de votación: “Es un voto medio volátil que es el que se consigue en los últimos 20 metros antes de que vaya a poner el sobre. Se consiguen muchos votos”.

Pero el perfil calculador del militante también comprende prácticas instrumentalmente racionales, conscientemente adoptadas, que bordean o transgreden francamente la frontera de la “inaceptabilidad”, desde la campaña negativa y las “chicanas”, hasta ciertos niveles de violencia (ocasional y circunscripta sobre todo a los momentos electorales, como arrancar carteles):

Muchas cosas chotas que tiene la militancia. Cuando vos ibas a discutir política lo que te respondían era una chicana fea sobre tu cuerpo; se pone también por momentos violento desde lo físico, de cagarte a trompadas. Esto pasa sobre todo a las mañanas y en época de elecciones.

2.2. Ayer nomás...

En la misma tónica anterior volvemos a encontrar en un tiempo más reciente, a fines de 2018, análogos rasgos en la constitución de la militancia universitaria. Desde un punto de vista más ligado a los componentes emancipatorios, bien vale citar el siguiente testimonio:

Parece como de autoayuda pero es la realidad, a mí me hace plenamente feliz militar, y discutir todas las cosas que se me canten dentro de un espacio y saber que los compañeros lo van a tomar. [En la militancia] te formás en valores, te formás en prácticas, te formás en todo, te formás como persona.

Por su parte, el costado más pragmático de la lucha política universitaria se trasluce en aquellas prácticas menos atractivas y valoradas por los militantes. Por ejemplo: “el pragmatismo, la chicana para reventar al otro, buscar todo el tiempo lo que nos diferencia o nos divide”.

Estas mismas líneas de tensión pueden ser recuperadas en otro plano. Así, por ejemplo, al ser consultados/as los/las militantes sobre los *sentimientos que generaría en los estudiantes (votantes) la política universitaria*, el gradiente de nuestra pregunta cerrada (“¿pasión, interés, indiferencia, fastidio, desprecio?”) puede ser ordenado según la polaridad antedicha:

Indiferencia hay mucha, no a nivel de fastidio, pero tampoco la pasión.

Hay interés. Yo no sé si diría que hay pasión... Es una facultad donde los espacios de participación se usan, están llenos de estudiantes, sobre todo a partir de 3 y 4to año.

Por otro lado, esta misma polaridad es utilizada por los/las militantes para interpretar las *razones del voto estudiantil*.

Hay dos grandes razones: una es si sos herramienta para que el estudiante avance, no sólo desde lo académico, sino desde extensión, desde lo vincular; y después, cómo encabezás las luchas que tenemos, que sea una agrupación que organice la lucha, que convoque.

3) LOS CAMBIOS EN EL ORDEN DE LA INTERACCIÓN: “LUGARES” Y “JUEGOS” DE LA POLÍTICA UNIVERSITARIA ANTE LA EMERGENCIA DE LA CUESTIÓN DE GÉNERO

Si hasta aquí hemos destacado las dimensiones de la participación política estudiantil que tienen que ver con la continuidad, ahora vamos a ocuparnos de los cambios. Y en este marco sobresale la incorporación –tanto a la agenda política como a los repertorios de acción cotidianos- de las cuestiones referidas al género. En tal sentido, como podemos observar en muchos cambios universitarios, estos pueden ser mirados “desde arriba” (cambios en las estructuras y dinámicas de los campos, transformaciones en las políticas, mutaciones en los contenidos y orientaciones de los debates nacionales, etc.), pero también “desde abajo”, en lo que se refiere a las transformaciones a escala micro, en el marco de las relaciones interpersonales o las interacciones cara a cara. Ciertamente, el tema de género atraviesa a toda la sociedad y no lo abordaremos en su complejidad, más bien, hacemos notar nada más que la cuestión permea desde el plano político y cultural a una escala nacional e internacional, pasa por el plano institucional de la universidad (se han creado oficinas, protocolos, tribunales, etc.) hasta llegar al nivel del desarrollo de la vida cotidiana en el ámbito universitario.

3.1. La cuestión de género en las universidades

Si bien el ingreso de la cuestión de género a la agenda pública, y las luchas por los derechos de las mujeres y de otras identidades, podrían rastrearse mucho más atrás, el año 2015, con la realización de la primera movilización del colectivo feminista “Ni Una Menos”, en protesta contra la violencia machista hacia la mujer y los femicidios, representa un hito fundamental en la historia argentina reciente: los temas de género pasarán a estar a la orden del día. Aprobada tres años después, en diciembre de 2018, la conocida como “Ley Micaela”, en conmemoración de una joven militante entrerriana víctima de femicidio, establece la capacitación obligatoria en perspectiva de género para el funcionariado público de todos los poderes del Estado.

Estos hitos a nivel nacional impactan de manera directa en las universidades. En 2015 se conforma la Red Interuniversitaria por la Igualdad de Género y contra las Violencias (RUGE), que se incorpora institucionalmente al Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) en 2018. Desde aquel año y hasta la actualidad, la inmensa mayoría de las universidades nacionales aprueban normativas contra las violencias sexistas (conocidas como “protocolos”)⁸. En concordancia con estas iniciativas, en 2019 el CIN declara la adhesión a la Ley Micaela, lo que impulsará a las universidades a organizar instancias de difusión y capacitación sobre la cuestión de género.

En el caso de la UNLP, universidad en la que llevamos adelante la investigación, los temas de género son específicamente abordados, a nivel central, por dos direcciones de reciente creación, pertenecientes ambas a la Prosecretaría de Derechos Humanos, la Dirección de Género, Diversidad y Derechos Humanos, y la Dirección de Políticas Feministas, que toman a su cargo, en coordinación con las unidades académicas, la gestión del Protocolo de Actuación ante Situaciones de Violencia de Género y/o Discriminación, aprobado en 2015⁹. Finalmente, en mayo de 2020 la UNLP adhiere a la Ley Micaela, iniciando tareas de capacitación dirigidas a los distintos actores universitarios: autoridades, docentes, no docentes y estudiantes.

Anteriores y simultáneas a este despliegue institucional en torno a la cuestión de género, son las iniciativas desarrolladas por las agrupaciones estudiantiles, así como por otros grupos de estudiantes nucleados en torno al tema. En investigaciones realizadas en la Universidad de Buenos Aires (UBA), Rafael Blanco (2016) identificó hacia 2009/2010 la creación de dos secretarías sobre la cuestión de género en la Facultad de Psicología, así como la incorporación a la conducción del centro de estudiantes de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, en 2009, de un grupo abocado la cuestión de la diversidad sexual. Nos interesa resaltar dos señalamientos realizados en estas investigaciones, por su cercanía con nuestra distinción entre lógica calculatoria y lógica emancipatoria. Por un lado, la referencia a una “paradoja” en el caso de la Facultad de Psicología, dado que, si bien las agrupaciones incorporaron la temática de género a sus agendas, persistió una importante desigualdad en los liderazgos o en la autoridad para tomar la palabra: en una facultad “toda de minas”, “los varones están todos en el centro de estudiantes” (Blanco, 2016, p. 53). Por otro lado, en relación con las motivaciones que impulsan a las agrupaciones a incluir la cuestión de género en sus agendas, se señala que parece primar “cierto pragmatismo (no exento de convicción pero que modula los modos de inclusión en las agendas)” (p. 47).

De manera análoga a lo ocurrido en la UBA, también en la UNLP la cuestión de género ingresó a la agenda de las agrupaciones estudiantiles; pero no sólo esto, sino que además ha impregnado la experiencia, las prácticas y las interacciones en el seno de la militancia. En particular, en este trabajo nos interesa destacar la escala “micro”, correspondiente a las interacciones personales cara a cara, para lo cual la perspectiva goffmaniana nos ha parecido especialmente fecunda a la hora de abordar las observaciones empíricas registradas en nuestro trabajo de campo. Caracterizaremos sucintamente dicha perspectiva antes de analizar los testimonios relevados.

3.2. El enfoque de la interacción de Ervin Goffman

La interacción social puede definirse –nos dice Goffman en su último escrito– “como aquella que se da exclusivamente en las situaciones sociales, es decir, en las que dos o más individuos se hallan en presencia de sus respuestas físicas respectivas” (Goffman, 1991, p. 173). Esta copresencia corporal –constituida en un espacio y un tiempo determinados–

⁸ En Moltoni, Bagnato y Blanco (2020) se ofrece un exhaustivo relevamiento y análisis de estos protocolos.

⁹ Cabe citar como antecedente una resolución de 2012 que declara a la UNLP como institución libre de discriminación por expresión e identidad de género. Y a nivel de unidades académicas, en la Facultad de Periodismo en 2012 (González Ceuninck, 2013) y en la de Humanidades en 2014 (a instancias de una agrupación estudiantil), se crean baños universales, sin distinción de géneros; en Blanco y Spataro (2019) se hace referencia a iniciativas similares en dos facultades de la UBA.

“lleva implícitos riesgos y posibilidades”, por lo cual da lugar a una amplia gama de “técnicas de control social” (p. 177) a través de las cuales los participantes tratan de manejar los posibles resultados de sus acciones (rituales, ceremonias, reglas de etiqueta, etc.). Es este campo de las relaciones sociales “cara a cara” el que Goffman denomina “el orden de la interacción” y cuyo método preferencial de estudio es el “microanálisis” (p. 174). En este nivel, tres componentes son fundamentales: el personaje representado (*character*) o identidad social; el equipo (*team*) y la situación social.

a) En esta perspectiva dramática los participantes de un encuentro social no son personalidades totales o completas, puesto que cada “actor” (*performer*) cumple un papel parcial ligado a la situación concreta en la que se halla inmerso. Así, la “expresividad del individuo... parece involucrar dos tipos radicalmente distintos de actividad significativa: la expresión que *da* y la expresión que *emana* de él” (Goffman, 1997, p. 14). En este segundo rubro –donde prima la expresión “más teatral y contextual, presumiblemente involuntaria” (p. 16)– nos encontramos con un variado espectro de manifestaciones que incluyen el lenguaje corporal, los gestos, el tipo de ropa que usamos, los adornos, etc. Un ejemplo que viene a cuento para nuestro caso lo constituyen las “remeras” que identifican agrupaciones políticas universitarias. Esa prenda parece cumplir una triple función: i) es una herramienta de propaganda consciente, tanto al mostrar que los/las militantes están presentes en diversas circunstancias de la vida estudiantil, como al evidenciar aglomeraciones de grandes números que proyectan imágenes de mayorías; ii) es un elemento de identificación con el “equipo” y por tanto testimonia un sentido de pertenencia (incluso permite que se “presenten” como conocidos actores que no mantienen ningún vínculo personal entre sí, evitando la necesidad de un/a presentador/a formal); iii) es también el “disfraz” con que se viste el personaje que va a actuar en las distintas escenas universitarias de competencia política (cursadas, asambleas, elecciones, pasillos, etc.)¹⁰.

b) Un segundo componente es el “equipo”: “emplearé el término *equipo de actuación*, o simplemente *equipo*, para referirme a cualquier conjunto de individuos que cooperan para representar una rutina determinada” (Goffman, 1997, p. 90). El equipo está unido por vínculos de mutua interdependencia que se corporizan en dos dimensiones principales. La primera, de índole más *externa*, se refiere a la *dependencia recíproca*: “cada miembro del equipo está obligado a confiar en la conducta correcta de sus compañeros, y ellos, a su vez, deben confiar en él”; esto es así, explica Goffman, porque “mientras la actuación de un equipo está en vías de desarrollo, cualquiera de sus miembros tiene el poder de traicionar o desbaratar la representación mediante un comportamiento inadecuado” (p. 93)¹¹. La segunda dimensión, más *interna*, comprende los lazos de *familiaridad*: “si los miembros de un equipo deben cooperar para mantener una definición dada de la situación ante su auditorio, difícilmente podrán preservar esa impresión particular entre sí. Cómplices en el mantenimiento de una apariencia determinada de las cosas, están obligados a definirse entre sí como personas que *están en el secreto*, como personas ante quienes no es posible mantener una fachada particular” (pp. 93-94). Estas observaciones muestran un punto nodal del análisis teatral de Goffman: representamos papeles ante un auditorio, y por lo mismo debemos definir las fronteras internas/externas de nuestra actuación. En este marco, habrá escenas principales que se desarrollan en el escenario, pero también habrá actividades entre bambalinas que sostienen la actuación ante el auditorio. Por supuesto, idénticas consideraciones valen para otros “equipos” que actúan en la universidad: los/las docentes, las autoridades, los/las empleados/as no docentes, etc.

c) El tercer componente analizado por Goffman ha merecido diferentes denominaciones a lo largo de su obra: “encuentro, situación, interacción concreta, interacción focalizada, ocasión social y sistema de actividad situada” (S. de Erice, 1994, p. 40). Como destaca el autor canadiense:

Quando las personas se encuentran en una presencia inmediata tienden a hacerlo como participantes, en lo que llamo una ocasión social. Es un asunto social amplio, una empresa en común o un acontecimiento, delimitado en el espacio y en el tiempo y facilitado de forma típica por un decorado fijo (Citado por S. de Erice, 1994, p. 40).

¹⁰ Otro ejemplo de expresividad, no detectado en el trabajo de campo en 2014, pero sí en 2018, es el uso del lenguaje inclusivo (la “e” en reemplazo de la “o” o la “a”), prácticamente omnipresente hoy en el lenguaje escrito, en plataformas y carteles, y bastante utilizado entre los militantes, algo más en Humanidades y en Ciencias Exactas que en Derecho e Ingeniería.

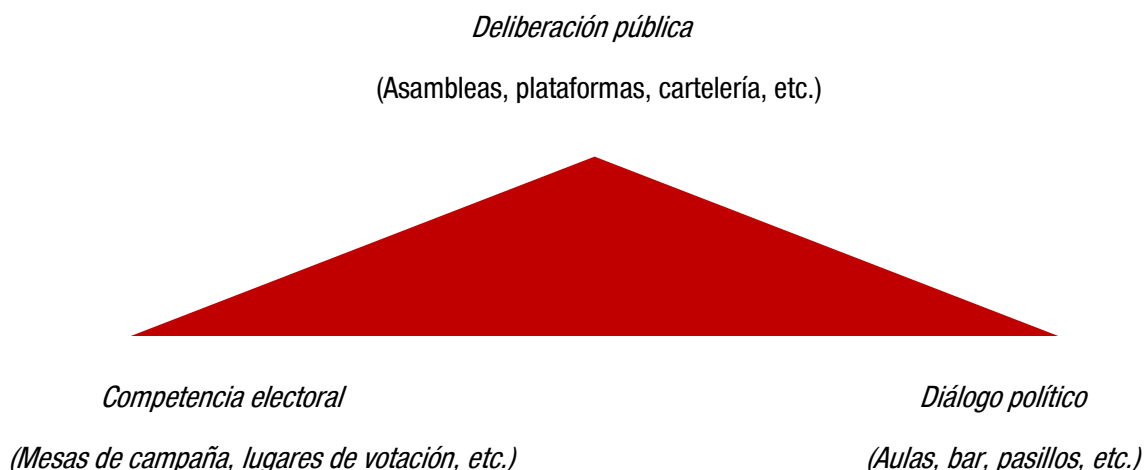
¹¹ Goffman incorpora en sus análisis algunos elementos provenientes de la “teoría de juegos” (Goffman, 1997, p. 91); en este caso, es claro que alude –sin nombrarlo– al problema del “free-rider”.

Como nos recuerda Lozano Maneiro, estas ocasiones sociales suelen agruparse en dos tipos principales: por un lado, nos encontramos frente a “invitaciones explícitas” (fiestas, reuniones, comidas, visitas, etc.); por otro, participamos también en “encuentros fortuitos”, donde se ha estipulado entre los actores – de manera explícita o más habitualmente de modo implícito– un “contrato a largo plazo que prevé el hecho de que se dará vida a una conversación cada vez que un individuo se encuentre con otro, a menos que no intervengan circunstancias eximentes privadas o públicas” (Lozano Maneiro, 2002, p. 52). Para nuestro caso, estos encuentros se darán contando como fondo con el “decorado” de las facultades de la UNLP, siguiendo especialmente la cadencia de una contienda electoral en sus tres fases principales: campañas, votaciones y escrutinios.

3.3. Género, experiencia e interacción en la militancia estudiantil

Al combinar la perspectiva esbozada por Goffman con el análisis anteriormente expuesto de Dubet y Martuccelli, podríamos elaborar una figura donde sus puntos extremos responden más claramente a los tipos ideales de “lugares” o “decorados” asociados a una actuación “pragmática” (o “calculatoria”), y a los espacios vinculados especialmente a una pauta de interacción “emancipatoria” (o “idealista”), mientras que una posición de cierta equidistancia estaría ocupada por el ámbito asambleario de deliberación y la exposición pública, donde se combinan ambos patrones de acción (Figura 1). Esos tres “juegos” serían:

Fig. 1. Espacio de interacción en la política universitaria



a) El “juego” de la competencia electoral tiene como “lugar” los espacios de la campaña electoral en las semanas previas a las elecciones (patios, pasillos, aulas, adyacencias de la facultad), así como los espacios específicos de votación, en donde se conforman los “pasillos” de militantes que escoltan a los votantes con el fin de persuadirlos hasta la última instancia¹². Éstos son los espacios en los que se despliegan más nítidamente los comportamientos calculatorios, desde los más inofensivamente instrumentales, hasta aquellos que llegan a romper ciertos “códigos” habituales en otros espacios de la pugna política. Estos últimos, además de sus manifestaciones generales (rotura de carteles, empujones, etc.), tienen también un aspecto condicionado por el género.

Los comportamientos machistas o discriminatorios de género, más o menos graves, y las denominadas por los propios militantes prácticas “micromachistas”, ciertamente no son algo nuevo, pero los mismos no emergieron de manera destacada en el trabajo de campo realizados en la UNLP en 2013 y 2014. No obstante, el informe de observación

¹² Detalles de estas escenas, en el denominado “pasillo de la muerte” por los propios militantes de una facultad de la UNLP, pueden consultarse en el capítulo VII de Camou, Prati y Varela (2018).

realizado entonces por una de las colaboradoras de nuestro equipo, durante el escrutinio en elecciones estudiantiles en la UNLP, muestra que ya en 2013 eran identificables situaciones problemáticas atravesadas por el género:

Mencionamos dentro de la desmoralización situaciones que queremos destacar en cuanto pertenecen, a nuestro parecer, a violencia de género. No tanto en Derecho, como sí en Humanidades, se dan episodios de violencia que implican el manoseo a mujeres y el uso de violencia verbal, refiriéndose a mujeres de otras agrupaciones (entre mujeres, y entre hombres y mujeres) como “putas”, “trolas”, etc. Y a hombres de otras agrupaciones (entre hombres, y entre mujeres y hombres) como “putos”. También se pudo observar cómo entre varias mujeres “tomaban de punto” a un hombre de una agrupación contraria y lo cargoseaban, física y verbalmente, hasta que el mismo reaccionaba, con la consiguiente queja o acusación del mismo como violento o machista.

En el trabajo de campo realizado en 2018-2019 en la UNLP, los temas de género adquieren una relevancia destacable. Las prácticas machistas son mayoritariamente descriptas por las militantes mujeres; los militantes varones no las desconocen, pero el énfasis es algo menor. Por un lado, las militantes identifican prácticas machistas en profesores, sobre todo varones y de más edad (aunque también en algunas profesoras); parecerían estar más extendidas en Derecho e Ingeniería, algo menos en Ciencias Exactas, y menos aún en Humanidades (pero no ausentes: en esta facultad se señala el caso de un profesor “escrachado” por acoso a alumnas). Y, por otro lado, lo que es nuestro foco, se identifican prácticas machistas realizadas por militantes varones; parecerían estar algo más extendidas en Derecho que en Ciencias Exactas y Humanidades, ocupando Ingeniería un lugar intermedio. Algunas de estas prácticas, generalmente calificadas como “micromachismos” (no hay testimonios de violencia física explícita), son: ubicar pocas militantes mujeres en las listas, o ubicarlas en puestos menos destacados; en una asamblea, levantar la voz, o que en un militante varón repita lo ya dicho por una militante mujer, sin aportar nada nuevo, como si hiciese falta explicar lo dicho por la compañera; realizar chistes ofensivos.

b) En el otro extremo encontramos los “juegos” del diálogo político, presentes en “lugares” más distendidos que la dura competencia electoral (el aula, el bar del centro de estudiantes, las mesas de las agrupaciones), y también en el modo de abordar las prácticas machistas antes reseñadas. En las entrevistas a las militantes, aún en aquellas que identifican prácticas repudiadas, predomina la percepción, cuando se compara el hoy con un tiempo anterior reciente, de que la situación está mejorando, tanto a partir de las iniciativas institucionales arriba señaladas, generalizadas desde 2015, como a partir de instancias de auto-organización de las y los militantes. Las prácticas y las pautas de interacción “emancipatorias” o “idealistas” en relación con el género son claramente identificadas, y experimentadas, por las y los militantes, en situaciones como las siguientes: la gran mayoría de las agrupaciones se proclaman feministas; se estableció la paridad de varones y mujeres en las listas en varias facultades, aun en facultades con mayoría de estudiantes varones; las mujeres desempeñan roles antes sólo reservados a los varones, como subirse a los árboles para colgar carteles, o llevar pesadas banderas en las movilizaciones; un grupo de estudiantes mujeres en Ingeniería Mecánica (especialidad de Ingeniería en la que son muy pocas las mujeres, a diferencia de Química o Industrial) organiza carreras de autos bajo el slogan “las carreras son de autos, no de varones”. Y también la dimensión emancipatoria está presente en la lucha por causas comunes, como la legalización del aborto, o los avances que se logran en pos de la erradicación de prácticas machistas en la militancia, a partir de la propia toma de conciencia.

c) Finalmente, el “juego” de la deliberación y la exposición pública, cuyo lugar privilegiado es la asamblea, pero también la interacción entre los militantes en el “escenario” electoral, a la vista de sus compañeras y compañeros “espectadores”, puede ser visto como un entrelazamiento de los dos patrones de acción antes descriptos. Dos mecanismos que representan innovaciones políticas originales, muestran la combinación del esfuerzo “idealista” por cambiar de raíz, como un cambio cultural, las prácticas “micromachistas” de los compañeros, con el reconocimiento (resignado) de la necesidad de elaborar estrategias “instrumentales” inmediatas, en el trayecto hacia cambios más profundos. Por un lado, un mecanismo de “monitoreo” de las intervenciones en las asambleas, poniendo la coordinación en manos de militantes mujeres, y no del presidente del centro (un varón en ese momento):

Una chica coordinaba, cuatro anotaban las cuestiones y dos moderábamos, teníamos la tarea de marcar todas las prácticas machistas para no repetirlas, y fuimos viendo asamblea a asamblea cómo las cosas fueron cambiando y cómo los varones ya no interrumpían a compañeras, no alzaban la voz, no repetían lo que dijo una compañera.

Por el otro, un mecanismo de “escrache benévolo” (anónimo)¹³, tendiente a identificar prácticas machistas en la interacciones entre los militantes: en las elecciones estudiantiles se colocó una cartelera pública en la que militantes de la comisión de géneros iban registrando prácticas machistas, pero de forma anónima (“compañero empujó a una compañera que se dirigía a votar al aula”), comunicándole luego el hecho a cada agrupación en privado; señalan las entrevistadas que esto redujo “abismalmente” las prácticas machistas, si bien les queda cierto sabor amargo: “de cierta manera me da bronca, porque ese compañero no las está haciendo porque tiene miedo a quedar escrachado”.

4) REFLEXIONES FINALES

Estas breves notas de cierre nos permiten delinear algunos trazos de un rompecabezas en movimiento, en el que observamos continuidades y cambios en los patrones de participación política estudiantil.

En lo que respecta a las líneas de *continuidad* de las lógicas “calculatoria” y “emancipatoria” -a lo largo de ambos períodos-, podemos destacar que esa persistencia se manifiesta tanto a través de la propia experiencia de militancia, como respecto de la visión que tienen acerca de los estudiantes a quienes interpelan y buscan representar. Asimismo, es interesante destacar que la persistencia de estas lógicas contrapuestas atraviesa *disciplinas académicas* y *orientaciones político-ideológicas* (no son patrimonio de una agrupación o de un partido); más bien, parecen inscribirse en los rasgos culturales más profundos que hemos podido observar en el campo político universitario. Asimismo, estas lógicas tampoco se alteran significativamente con los cambios que se dan en el *campo político nacional*, o por la introducción de *nuevas temáticas*, las cuales tienden a ser procesadas con arreglo a ese código polarizador de la vida política universitaria.

Pero cuando nos desplazamos a la problemática de los cambios ocurridos a partir de la irrupción de las *temáticas de género* es preciso introducir algunos matices diferenciadores. En particular, es necesario poner atención al papel jugado por algunas variables estructurales que configuran típicamente la dinámica de las instituciones de educación superior (Becher, 2001). En efecto, especialmente a partir de 2015, y con ritmo vertiginoso, la cuestión de género ocupa un lugar central en la vida universitaria argentina, acompañando la legislación nacional, produciendo normativas propias en casi todas las universidades (los “protocolos”), y estableciendo fluidos intercambios entre las mismas institucionalizados en el marco del CIN (red RUGE). De este modo, el trabajo de campo en 2018/2019 se lleva a cabo cuando la cuestión ya ha hecho eclosión en la vida universitaria, potenciando con fuerza institucional temas y preocupaciones que ya estaban presentes, en forma más o menos incipiente, en la militancia estudiantil. No obstante, en las observaciones de 2018/2019 se hacen referencias a prácticas machistas (sobre todo “micromachistas”), en mayor medida por parte de militantes mujeres que por varones (si bien algunos varones las identifican). Por su parte, sobre la cuestión parece haber una influencia, aunque moderada, de la variable disciplinar (quizás más debida a la institución en general, que a la militancia estudiantil propiamente dicha). Así, a la hora de identificar prácticas machistas de los profesores en relación a las estudiantes, los testimonios más recurrentes se dan en Derecho e Ingeniería, hay menores referencias en Ciencias Exactas, y menos aún en Humanidades. A su vez, la identificación de dichas prácticas entre militantes estudiantiles se observan más en Derecho, algo menos en Ingeniería, y menos aún en Ciencias Exactas y Humanidades.

Estas consideraciones nos llevan a subrayar que cuando tratamos de entender las “formas” de hacer política en la universidad, nuestras observaciones permiten afirmar que el campo político nacional y el campo político universitario operan con una *lógica de intercambio fluida*. Así, las fronteras entre los dos ámbitos son “porosas”, dejando pasar –en una y otra dirección- prácticas comunes, repertorios de lucha compartidos o estrategias de construcción de poder análogas (Camou, Prati y Varela, 2018). Sin embargo, el microanálisis esbozado en estas notas, sobre todo en lo referido a la cuestión de género, nos lleva a efectuar una matización adicional: en el marco de los distintos “juegos” políticos en el que participan los jóvenes estudiantes, la competencia electoral en sí misma (campañas, votaciones, escrutinios) tiende a ser poco propensa a adoptar comportamientos innovadores; no obstante lo cual, la “exposición” y la “deliberación pública”, ante un escenario de estudiantes “espectadores”, sea en la competencia por el favor de los votantes, sea en las asambleas, parece mostrar de manera incipiente la gestación de nuevos patrones de interacción entre las y los militantes, más en línea con las prácticas “emancipatorias” o “idealistas”. Los ingeniosos mecanismos que hemos reseñado, tendientes a la erradicación de prácticas “micromachistas” entre compañeros y compañeras, muestran la fuerza de los ideales de cambio en las relaciones de género, a la vez que manifiestan la conciencia de la complejidad de dar un basamento profundo a tales cambios, y la necesidad (al menos por ahora) de acompañarlos de

¹³ Blanco y Spataro (2019) han constatado la existencia de “guerras de escraches” sobre violencia sexista (no benévolos, identificando a los destinatarios en carteles públicos y en las redes sociales), durante el período electoral en la Facultad de Psicología (UBA).

“incentivos” negativos, desde cuestionamientos públicos hasta “escraches” (Olson, 1998). En todo caso, en el marco de una investigación más amplia que estamos llevando adelante, nos resta indagar la extensión de esta preocupación por las cuestiones de género, tan claramente presente en la militancia estudiantil de la UNLP, entre las y los estudiantes “comunes”, tanto de nuestra universidad como de otras instituciones de educación superior.

Por último, queremos llamar la atención –como lo han destacado algunos testimonios recogidos en estas páginas– sobre lo que podríamos llamar el “lado B” de la experiencia política estudiantil, que suele ser poco abordado en la bibliografía sobre la cuestión, pero que juzgamos parte de un acercamiento realista a esta problemática (Camou, Prati y Varela, 2018). Nos referimos a ciertas prácticas cargadas de violencia –simbólica y material– que sobre todo permean la competencia electoral y que recorren un amplio espectro de situaciones e interacciones: desde la clásica “chicana” política a la más abierta violencia física, pasando por diferentes formas de agresión verbal sobre el cuerpo, la apariencia o la conducta sexual de los y las militantes de agrupaciones contrarias. Hemos documentado brevemente este costado más “oscuro” de la política estudiantil, no desde una evaluación “externa”, sino porque así es vivido, reconocido y relatado por los propios actores. Pero además, porque prestar atención a las distintas facetas de estos patrones de sociabilidad y competencia política en la universidad es una manera –si bien indirecta– de abordar una compleja cuestión que subtiende toda discusión sobre la relación entre jóvenes y política democrática: el modo en que se van configurando desde sus comienzos los perfiles de los y las dirigentes que –más temprano que tarde– tendrán a su cargo altas responsabilidades gubernamentales frente a nuestra sociedad.

Referencias bibliográficas

- Almond, G. (1988). Separate Tables: Schools and Sects in Political Science. *Political Science and Politics*, 21(4), 828-842.
- Becher, T. (2001). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Gedisa.
- Blanco, R. (2016). *Escenas militantes: lenguajes, identidades políticas y nuevas agendas del activismo estudiantil universitario*. Grupo Editor Universitario.
- Blanco, R. y Spataro, C. (2019). Con/contra las estrategias institucionales: percepciones de estudiantes universitarios ante iniciativas contra violencias sexistas. *NÓMADAS*, 51, 173-190.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1997). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (2019). *Curso de sociología general. Conceptos fundamentales 1*. Siglo XXI.
- Camou, A., Prati, M. y Varela, S. (coords.) (2018). *¿Ya votaste? Experiencias de participación política de jóvenes estudiantes de la UNLP*. EDULP. https://www.editorial.unlp.edu.ar/comunicacion/ya_votaste-18165
- Carli, S. (2012). *El estudiante universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*. Siglo XXI.
- Carli, S. (2014). *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Miño y Dávila.
- Dubet, F. (2005). Los estudiantes. *Revista de Investigación Educativa*, 1.
- Dubet, F. (2011). *La experiencia sociológica*. Gedisa.
- Dubet, F. (2020). Students' Experiences in Higher Education. En P. N. Teixeira & J. C. Shin (eds.). *The International Encyclopedia of Higher Education Systems and Institutions*. Springer.
- Goffman, E. (1991). El orden de la interacción. En Y. Winkin. *Los momentos y sus hombres. Erving Goffman*. Paidós.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- González Ceuninck, P. (2013). La política en los baños. *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, 74, 27-36.

- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa* (Tomos I y II). Taurus.
- Jay, M. (2009). *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Paidós.
- Krotsch, P. (2001). *Educación superior y reformas comparadas*. UNQUI.
- Laudano, C. (2017). Movilizaciones #niunamenos y #vivasnosqueremos en Argentina. Entre el activismo digital y #elfeminismolohizo. *Seminário Internacional Fazendo Gênero 11 & 13th Women's Worlds Congress*, Florianópolis, 1-12.
- Lozano Maneiro, B. (2002). En el aniversario de Erving Goffman (1922-1982). *REIS*, 102/03, 47-61.
- Martuccelli, D. (2006). *Lecciones de sociología del individuo*. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Martuccelli, D. (2015). La singularización en las sociedades contemporáneas: claves para su comprensión (entrevista a cargo de Mariana Nobile y Rocío Ferrada Hurtado). *Propuesta Educativa*, 24(43), Vol. 1, 99-112.
- Moltoni, R., Bagnato, M.L. y Blanco, R. (2020). Instrumentos de abordaje de las violencias sexistas en universidades nacionales. Periodización, características institucionales y lenguajes de intervención (2014-2021). *Papeles de Trabajo*, 14(26), 149-168.
- Olson, M. (1998). La lógica de la acción colectiva. En S. Saiegh y M. Tommasi (comps.). *La nueva economía política. Racionalidad e instituciones*. Eudeba.
- Sani, G. (1998). Participación política. En N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino, *Diccionario de Política*. Siglo XXI.
- Sartori, G. (1992). *Elementos de teoría política*. Alianza.
- Sebastián de Erice, J. R. (1994). *Erving Goffman: de la interacción focalizada al orden de la interacción*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Tsebelis, G. (1990). *Nested Games. Rational Choice in Comparative Politics*. University of California Press.
- Varela, N. (2020). El tsunami feminista. *Nueva Sociedad*, 286. <https://nuso.org/revista/286/la-globalizacion-de-la-protesta>

Fecha de recepción: 13-10-2022

Fecha de aceptación: 5-12-2022